

# CABEZA NEGRA

*Emperatriz Machaca Segura*



*Doce Calles*

*Emperatriz Machaca Segura*

CABEZA NEGRA

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición: septiembre de 2021

Diseño de portada: Doce Calles  
© de los textos: Emperatriz Machaca Segura  
© Fotografía de portada: Tania Tello  
© de la presente edición:  
Ediciones Doce Calles S.L.  
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 22 34  
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-364-7  
Depósito legal: M-25547-2021  
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

El viaje.....	11
Nuevas experiencias.....	51
Encuentros y desencuentros.....	121
Siguen los enfrentamientos.....	165
El sinsabor de la pasión.....	203
Retos y conflictos.....	263

*“Allí donde se queman los libros,  
se acaba por quemar a los hombres”*

Heinrich Heine

## EL VIAJE

Observaban por la pequeña ventana lo que sucedía alrededor del avión, los coches de remolque llegaban trayendo las grandes maletas. Los obreros aeroportuarios introducían los equipajes, la comida, las bebidas, los licores, los dulces y todo lo que esa enorme panza era capaz de soportar. Los pasajeros ya estaban acomodados en sus respectivos asientos, algunos todavía colocaban sus maletas de mano en los espacios vacíos.

Graciela, una mujer de mediana estatura, rellenita, trigueña y achinada como sus antepasados, llevaba el cabello ondulado que le caía hasta los hombros, estaba en la mejor etapa de su vida, tenía la edad de Cristo. Así como él, estaba sufriendo las consecuencias de la fe, de la filosofía, de la historia que había decidido defender, de ponerse del lado de los de su clase, de los marginados, de los postergados, de los invisibles, del hombre andino, del perro del hortelano como Alan García los llamaba cuando luchaban contra las mineras que estaban contaminando los lagos y los ríos.

Todo era nuevo, era la primera vez que viajaba en un avión; había tomado la decisión de alejarse de su país, del hermoso valle del Mantaro que le vio nacer y crecer, de la cuna de su infancia y juventud, del cual siempre estaría orgullosa; se alejaba del apacible barrio que le vio llegar a este mundo, del populoso distrito de Cilka que la había acogido con los brazos abiertos cuando llegó enamorada de su compañero. Allí se había desempeñado como presidenta del Comité de Damas. Dejaba atrás su carrera universitaria, las organizaciones a las que representaba, sus luchas, sus amigos, su pareja; había decidido hacer un alto para salvaguardar la vida de su amada hija. El amor de madre, el compromiso ante ella había ganado al otro, pero estaba convencida de que esto era por corto tiempo, en cuanto la niña estuviera a salvo volvería para continuar con lo que

creía que era necesario hacer por su pueblo. Estaba tan concentrada en el ajeteo, que apenas se dio cuenta de que se estaban alejando de la zona de embarque. Centró su atención y preocupación en las niñas, sintió alivio al constatar que ellas también estaban mirando con curiosidad lo que pasaba a su alrededor; siguieron vigilantes el recorrido del vehículo pesado, hasta que se paró un momento en la pista de despegue esperando la señal de partida.

De nuevo sintieron que se ponía en movimiento y tomaba velocidad acompañado de un sonido muy peculiar, un vacío en el estómago, una sensación de miedo, ya estaban en el aire, pronto desaparece el aeropuerto Internacional Jorge Chávez de Lima. La aeronave sigue subiendo y ofrece a su paso un panorama desolador, aparecen las barracas de los pueblos jóvenes del Callao, los asentamientos humanos, las barriadas que estaban a las afueras de Lima, ahí donde vivían los desplazados, los que habían emigrado de los Andes, los que habían dejado su terruño escapando de la violencia o buscando mejores condiciones de vida, los hombres y mujeres que no contaban con trabajo fijo, las mujeres abandonadas, viudas o quebrantadas, los huérfanos, los niños o niñas violentados; quienes habían logrado construir sus viviendas con esteras, con latas abiertas de aceite, con cartones, con pequeños adobes de arena sobre el desierto, sobre las pampas deshabitadas, sobre los arenales; pues aquí no podían tener el privilegio de contar con agua potable, desagüe, alumbrado eléctrico o educación; eran ciudadanos que trabajaban en el comercio ambulatorio, servicio doméstico, construcción civil, estibadores, canillitas, lustrabotas, barrenderos. Los trabajos más duros estaban destinados para ellos y en las peores condiciones; ciudadanos que no tenían derechos, sólo deberes; los políticos enquistados en el gobierno nacional, regional o municipal no los veían, no querían saber nada de ellos.

Las casuchas dieron paso a las grandes villas, a las mansiones con piscinas privadas, a las modernas casas con hermosos jardines, llenas de flores preciosas y bien cuidadas. Eran espacios donde vivían los ricos, los adinerados, los pudientes, en residencias con calles asfaltadas, con grandes parques, con árboles y flores que

adornaban su contorno. Desde lo alto hasta se podía observar imaginariamente a las mucamas paseando a los hijos del amo, haciéndoles arrullos para que se durmieran o barriendo los patios, lavando las ropas, limpiando las ventanas; al jardinero haciendo lo suyo; pues desde el aire, en ese corto lapso que toma el avión altura se observaba la pobreza, la desorganización, la segregación, el abandono, la mala distribución de la riqueza, la falta de democracia, la discriminación, el olvido y la violencia; mientras que al otro lado se veía al reducido grupo de los privilegiados donde la opulencia brillaba con luz propia.

La ciudad de Lima quedaba atrás, ya estaban sobre el inmenso Océano Pacífico, que con sus enormes olas golpeaba las rocas, desde lo alto apreciaba cómo el mar azul celeste se transformaba en crestas gigantes al compás del silbido del viento y cómo se transfiguraban en partículas pequeñas que iban y venían como espumas blancas haciendo contraste con el mar y las nubes. El inmenso pájaro de metal empieza a vibrar al romper las capas del extraordinario manto blanco que los estaba cubriendo, la madre se sintió desconcertada, no sabía lo que estaba pasando, con temor mira a su alrededor, al percatarse que los demás estaban tranquilos, vuelve a la calma, retorna la mirada al vacío, se da cuenta que estaban entre las nubes y haciendo caso a su instinto materno distrajo a las niñas.

—Miren, ya estamos entre las nubes —dijo a las niñas para llamar su atención.

—¡Uy! Se ve todo blanco, no se distingue nada —respondió Sumaq.

—Parece que seguimos subiendo, por eso está temblando un poco el avión.

—¡Mami! ¡Mira el sol!

—¡Miira! ¡Las nubes parecen alfombras blancas!

—Parece algodón despepado.

—Y ¿dónde has visto algodón despepitado?

—¿Despepitado? ¿Así se dice? Mi abuelita decía despepado —replicó la hija con tono desafiante.

—Sí, mi amor, tu abuela es más quechua hablante que hispano, por eso puede permitirse decir despepado.

—Yo hablaba el quechua con mi abuelita, todos los días y ¿qué significa hispano?

—Hispano se refiere a los que hablan el español, como todas nosotras.

—¡Ah! Mi abuelita tenía sacos de algodón, a veces nos sentábamos juntas y le sacábamos las pepas.

—¡Wow! Las que recogimos en la chacra de Ica, pero eso fue hace muuucho tiempo, cuando tú todavía no habías nacido, ni yo había conocido a tu papi —¡Madre mía! tantos años guardado, y ¿qué hacía con el algodón?

—Hilaba y tejía frazadas para cada una de nosotras.

—Sí, recuerdo, mi madre no podía estar ni un minuto sin hacer nada, si no estaba trabajando en la chacra, estaba hilando, tejiendo o cociendo.

—Yo tengo una frazada en la casa de mi abuelita, ella me la regaló, me prometió guardarla hasta que yo vuelva.

Afuera brillaba luminoso el sol, volvieron sus miradas al espacio y lo único que podían observar eran las nubes blancas y el sol que brillaba incesante, entonces se acomodaron para descansar quedándose dormidas.

Hugo, esposo de Graciela, se había quedado en Lima para hacer algunas gestiones en el Ministerio de Economía. Después de despedir a su mujer y a las niñas se fue a comer, y para matar su tristeza y olvidarse de la Chela, bebió muchas chelas hasta perder la conciencia, al despertar estaba en una de las habitaciones del Gran Hotel de Lima, no había nadie a su lado, la cabeza le estallaba de dolor y tenía una sed espantosa, se fue al baño, después de orinar, se vistió y salió hacia la recepción para preguntar cómo había llegado, le informaron que sus guardaespaldas y amigos estaban durmiendo en las habitaciones contiguas, compró una botella de agua mineral y volvió a su habitación pidiéndole que lo despertaran a las doce del día. Hugo era joven, había llegado a gobernar el Municipio de Cilka a los 29 años, gracias a las actividades políticas, sociales, deportivos

culturales... que había realizado desde muy joven en su barrio y distrito junto a sus hermanos y otros militantes de su agrupación política, Izquierda Unida. En ciertas circunstancias era inmaduro, sanguíneo, nervioso, sentimental, generalmente, era agradable, generoso y servicial con sus amigos, vecinos, compañeros, camaradas, familiares y trabajadores. Poco comunicativo y malgeniado con su pequeño núcleo familiar, en ciertos contextos era muy desordenado, pero políticamente estaba bien formado, conocía la problemática de su distrito y se había rodeado de buenos profesionales y técnicos, las decisiones que tomaban eran atinadas, creativas, sensatas y eficientes.

Graciela estaba repartiendo, a las mujeres más humildes de su distrito, el arroz que había sido decomisado por la municipalidad en coordinación con la Policía Nacional. El almacén de la tienda intervenida estaba llena de sacos de arroz; Rubén Rodas, concejal del Área de Fiscalización y Policía Municipal estaba a la cabeza de esa operación, le acompañaban otros concejales de áreas afines, los policías municipales, los miembros de la guardia civil. En cuanto percató su presencia, Rubén se acercó para informarle que ya habían decidido botar los cien sacos de arroz, porque estaban malogrados, habían sido festín de los pericotes que dejaron sus huellas, no se podía consumir, estaban a la espera del fiscal para levantar el acta.

Las mujeres de ese barrio y sus alrededores donde se había realizado el decomiso de un producto de primera necesidad, estaban organizadas en Clubes de Madres y Comités de Vaso de Leche, al enterarse que habían incautado arroz de mala calidad, fueron a indagar, pero como no habían podido obtener más información se dirigieron a la municipalidad para averiguar más sobre el asunto. Además, ya habían corrido la voz a las madres de otros Comités; a esa hora ya eran varias dirigentes de los Comités de Vaso de Leche y Clubes de Madres que habían tomado la decisión de buscar al alcalde para pedirle que ese arroz fuera repartido a las familias. Pero él les había explicado que eso no iba ser posible, porque no estaba apto para el consumo humano.

Entonces, estas mujeres que conocían la calidad humana de la esposa del burgomaestre, decidieron conversar con ella, estaban seguras que la señora se pondría del lado de ellas, para ello se organizaron en grupos: el primero quedó aguardando en las afueras de la tienda incautada, el otro volvió a la alcaldía para averiguar dónde encontrar a la esposa de Hugo y el último grupo salió a buscar a las dirigentes de otros Comités y Clubs de Madres porque estaban seguras de que en la unión estaba la fuerza.

—¡Aló!

—¡Señora Chelita! ¡Buenos días! Queremos hablar con usted, urgente, nos hemos enterado que han decomisado arroz.

—¡Buenos días! Hilda, ya estoy enterada que han requisado gran cantidad de sacos de arroz de unos acaparadores que, a varias semanas del Shock económico de Fujimori, seguían escondiendo este artículo de primera necesidad, con fines de seguir lucrándose, sin importarles que la población no tuviera que comer.

—¡Sí! Señora, justamente por eso queremos hablar con usted para que nos repartan ese arroz.

—¡Ay de mí! ¡Pobre de mí! ¿Repartirles ese arroz? Usted sabe muy bien que yo no tengo capacidad de decisión sobre esas cuestiones, te sugiero que hablen con el señor alcalde.

—Ya hemos hablado con él, una comisión nos hemos acercado a su despacho y nos ha explicado de que eso no era posible, porque dice que ese arroz no está apto para el consumo.

—¿Y por qué no se puede consumir? ¿Está acaso malogrado?

—¡Sí! ¡Señora mía!

—¡Santo cielo! Ahora entiendo por qué les ha denegado...

—Todas las presidentas nos estamos juntando y queremos hablar con usted, personalmente.

—¡Uyuyuy! Entonces, salgo ahora mismo para allá.

—¿Viene al municipio señora?

—Sí, sí espérenme en las afueras del local municipal.

En cuanto la vieron llegar, se acercaron las madres para rogarle que las apoyara para que ese arroz se repartiera a todas las mamás que no tenían nada que cocinar ése y en los días siguientes.

—¡Señora Chela! ¡Señora Chelita! —exclamaron en coro, el grupo de mujeres que la habían estado esperando.

—Sí, mujeres ¿Qué les pasa? ¿Por qué están tan nerviosas?

—Nos hemos enterado que han decomisado arroz de unos acaparadores, señora Chelita, —dijo una de ellas.

—De unos malos vecinos que especulaban con nuestra hambre y nuestras necesidades —agregó otra madre.

—¡Ah sí? y ¿dónde están?

—Aquí, arribita nomás, señora Chelita —respondieron en coro.

—Vamos señora Chelita, allí está don Rodas, los guardias, los policías municipales, los obreros ya están para cargar al camión y dicen que lo van a botar, —dijeron en coro.

—¡El camión ya llegó, mamita! —exclamó otra que entró agitada de tanto haber corrido.

—Queremos que nos repartan arrocito pe —suplicó una de ellas mostrando sus dientes picados y sucios.

—Para nuestra olla común pe, mamita —agregó la otra.

—¿Pero dónde está Hilda? La presidenta de todos los Comités... ella es la que me llamó por teléfono y quedamos en vernos aquí.

—Ya se fue mamita, ya debe estar con don Rodas, nos dejó a nosotras para esperarle pe, mamita.

—Bueno, entonces vamos a ver si podemos hacer algo.

—Sí, mamita, tú puedes hablar con don Rodas y con tu esposo —respondieron.

—Es que no se trata sólo de hablar, cuando se incautan productos de primera necesidad se debe vender al público a precio de costo, no se puede repartir...

—Dicen que el arroz esta malogrado, mamita.

—Van a botar a la basura pe.

—En ese caso, vamos a averiguar en qué condición está ese preciado arroz. Espérenme aquí nomás, mientras entro a constatar y hablar con las autoridades.

Al entrar a la trastienda, al almacén, ve una pila de sacos, no lo podía creer, no podía concebir que hayan mezquinos, que en su afán de lucrarse jugaran con la necesidad de los demás, sin importarles

que bajo sus miradas indiferentes hayan cientos de personas en la calle haciendo ollas comunes para sobrevivir a la conmoción económica creada por el Gobierno de Fujimori, que siguiendo las imposiciones del Fondo Monetario Internacional aplicaba el paquetazo económico, conocido como el «Fujishock» que golpeó la economía de los más pobres, incluida a la de la clase media. Los ciudadanos no esperaban esta criminal medida, de un día para otro su dinero había perdido valor, no alcanzaba para nada, sus ahorros no alcanzaban ni para comprar el pan del día.

Los militares habían salido a las calles con orden de disparar al primer «revoltoso», para custodiar el «orden», y así evitar protestas. Los días posteriores al golpe económico los mercados, las tiendas comerciales, los trabajadores ambulantes, los quioscos, todos, absolutamente todos habían cerrado sus negocios por la inseguridad, pues no lograban entender lo que había sucedido, no sabían qué precio ponerle a sus productos; hasta las calles parecían estar afligidas, las gentes acongojadas deambulaban por las arterias principales de la ciudad, sin entender lo que había ocurrido, no sabían que hacer, no sabían a qué atenerse; los precios de los productos de primera necesidad se habían incrementado por más del 300 %. Las alzas eran brutales, las pequeñas empresas no pudieron sobrevivir a este golpe certero, la gran mayoría de ellas habían quebrado, y las que deseaban sobrevivir despedían a sus trabajadores, porque no sabían cómo pagarles; las madres se juntaban con sus vecinas y cada una aportaba lo que tenía: papas, arroz, frijoles, azúcar, harina, fideos, así entre todas paraban las ollas comunes; estrategia que funcionó los primeros días pero con el transcurso del tiempo habían familias que ya no tenían con qué cooperar, entonces, algunas madres agobiadas por la angustia y la desesperación vieron como única alternativa el asesinato de sus pequeños hijos y el suicidio; de esta manera, el Chinito, él, que en campaña electoral se presentaba con un tractor y una yuca en la mano, incumplía su promesa de no aplicar la política del Shock económico, que provocó la reducción de los salarios de los trabajadores.

El shock fujimorista era el signo indiscutible del inicio del programa neoliberal que había anunciado Mario Vargas Llosa en su campaña electoral. Con esta política económica, el Perú se reinsertó en el sistema financiero internacional de los neoliberales, para luego adjudicar a las empresas estatales a precio de huevo roto a las transnacionales, que además, obtenían diversos privilegios, como la exoneración de impuestos; para tener el sustento legal promulgaron leyes a favor de los inversionistas, los que ocasionaban numerosas injusticias, como despidos masivos de obreros y empleados; la supresión de la protección a la industria nacional llevó a la quiebra a las pequeñas industrias, y redujeron al mínimo la actividad sindical, perseguían y asesinaban a sus principales dirigentes, con la finalidad de arrojar a las calles a miles de trabajadores, quienes no teniendo otra alternativa optaron en convertirse en trabajadores informales, pues había que vender cualquier cosa para sobrevivir. Los precios de todos los productos se alinearon a la economía internacional, donde mandaban las multinacionales del mundo, acabando con el control de precios y la aplicación de subsidios; eliminaron los tipos de cambios del dólar diferenciados, que habían alcanzado brechas exageradas, propiciando la corrupción y la conducta especulativa que el gobierno de Alan García había instaurado.

—¡Escúchenos! ¡Señoras! Ese arroz está molido y tiene caca de pericote, imposible de cocinar, si se consume ese producto hay riesgo de obtener enfermedades infecciosas que pueden incluso causar la muerte. No está apto para el consumo humano —informó Graciela. —Este Gobierno nos ha condenado a la muerte lenta, no tenemos qué comer, ese arroz que ustedes quieren tirarlo a la basura puede mantenernos vivos por unos días más —argumentó una madre de familia.

—¡Entienda pues mamita! Que necesitamos comer —dijo otra madre, mientras Graciela seguía escuchando comentarios a su alrededor.

—¿Cómo van a preferir botar el arroz en vez de darnos?

—Si ya estamos recogiendo de la basura para alimentar a nuestros hijos.

Las voces se levantaban, a esta hora, había más de 300 madres aglutinadas y seguían llegando más. Graciela vuelve a conversar con los concejales, los policías, los representantes de la sanidad... Luego llamó a las dirigentes principales de los Clubes de Madres y Vaso de Leche para explicarles y hacerles ver las condiciones en la que se encontraba ese producto.

—¡Miren! En estas condiciones está el arroz, hemos hablado con las autoridades de sanidad y nos han recomendado que si ustedes lavan varias veces el arroz y escogen todo lo malo sirve solamente para hacer sopa, tienen que hacer hervir largo rato para que se mueran los microbios, dejar que se cocine hasta que se deshaga; ¿Entendido?

—Sí, señora, vamos a explicar bien a nuestras socias, vamos a cumplir lo que nos está diciendo.

—El alcalde ha mandado a decir que el concejal, Rubén Rodas, y yo seremos los culpables si alguien se enferma o muere por comer este arroz que estaba destinado a la basura.

—¡No! Ustedes no serán culpables de nada, nadie denunciará nada; más bien hay que denunciar al gobierno por matarnos de hambre.

—Todos los sacos serán controlados y los que estén más sucios acabará en la basura, se repartirá un promedio de medio kilo a cada madre de familia y hasta donde alcance —luego se dirigió a todas las madres:

—¡Silencio! Por favor, escuchen bien lo que les vamos a decir.

—Hemos decidido repartir el arroz que han decomisado, un promedio de medio kilo a cada mamá. ¡Pero hay una condición! Este arroz sirve solamente para hacer sopa y tienen que escoger toda la cochinada y lavar bien, de tres a cuatro veces con agua fría. ¿Entendido?

—Síiiii... —respondieron las madres en coro.

—El reparto se va realizar a partir de las cuatro de la tarde en las inmediaciones de la municipalidad; se va repartir por comités, para evitar el desorden. ¿De acuerdo?

—Ya hemos entendido, allí estaremos bien ordenaditas —respondieron las madres que se encontraban más adelante.

Antes de iniciar el reparto Graciela y Rubén les recordó:

—¡Un momento! ¡Quiero repetirles! Que primero tienen que escoger lo sucio, limpiarlo bien, luego lavar de 3 a 4 veces con agua fría y sólo se puede hacer sopa. ¿Están claros?

—Sííííí... —Se oye nuevamente, el sí rotundo.

—Bien, entonces manos a la obra.

Habían tomado una decisión muy difícil, en realidad estaban jugando con la salud de muchos niños y mujeres, pero eran momentos difíciles que tampoco se les podía negar un día de almuerzo a esas familias. Estas mujeres de condición humilde cumplieron con su promesa de lavar bien el arroz, se podría decir también, que era debido a que estos niños, estas mujeres y hombres tenían el sistema inmunológico bastante desarrollado. Se sintió satisfecha cuando días después se encontraba con algunas de esas madres, que le daban el agradecimiento y le decían que «estaba rica la sopita de arroz señora Chelita», «parecía moroncito».

En esos instantes, no podía imaginarse que dos años más tarde, recibiría una carta de su amigo, un concejal que había sido reelegido para el periodo, 1993 — 1995, del gobierno municipal, donde le contaba:

«Respecto al caso del problema del arroz, don Rubén Rodas, me llamó para contarme que a él y a Hugo les habían condenado a pagar una suma de dinero como indemnización, a un año de prisión y a tres años de inhabilitación a ejercer cargos públicos; no he podido entrevistarme con él, porque estaba con orden de captura y no lo pude ubicar».

La dueña del negocio que había acaparado el arroz, los había denunciado por abuso de autoridad y apropiación ilícita, logrando que lo sentenciaran. Así era la justicia en esas épocas; se podían comprar jueces y fiscales para salirse con la suya, los que actuaban bien eran juzgados, condenados, sentenciados, castigados, mientras que los que jugaban con la pobreza de los demás, los que se lucraban, los que especulaban, los que acaparaban tenían la razón.

El avión descendía lentamente, Graciela se despertó con una sensación de vacío en el estómago, oyó una voz que hablaba en un idioma desconocido para ella.

—Están hablando en ruso mami, —dijo Sumaq al escuchar las instrucciones.

—Síí, ¿te acuerdas hija?

—Sí, Mami, tu amigo nos hacía repetir varias veces las palabras, para hablar correcto.

—¿Has entendido algo de lo que han dicho?

—No, no entendí nada, hablan muy rápido.

—Pero al menos puedes reconocer el idioma en que están hablando.

—Sí. Pero creo que dice que hay que amarrarse las ¿correas y sentarse?

—Nosotras no nos hemos quitado las correas, así que no tenemos por qué preocuparnos.

El avión descendía despacio, los pasajeros pusieron sus asientos a 90 grados y se abrocharon los cinturones, algunos divisaban el panorama a través de las pequeñas ventanas. La madre quedó maravillada al ver el paisaje coloreado de celeste y verde.

Ya estaban sobrevolando por cielo escandinavo, sobre cielo sueco, veía el mar Báltico que estaba muy tranquilo, parecía no tener movimiento, a diferencia del Pacífico, éste se veía quieto. A medida que iban descendiendo observaban los bosques de pinos, abetos, abedules, alisos, fresnos, olmos, las villas, los edificios y las calles angostas que se perdían en los bosques. Eran los últimos días del mes de mayo, el sol brillaba hermoso dando colores distintos al paisaje que se dibujaba ante ellos, el viento mantenía la frescura en el ambiente, era época en que la primavera estaba dando paso al verano. El avión descendía lentamente, se inclinaba de un lado para el otro cada vez que viraba; segundos después, las ruedas tocaban el suelo y el motor ensordecedor; Sami se despertó asustada, Graciela puso las palmas de sus manos en ambos oídos y la hizo inclinarse hacia ella, hasta que se volvió a dormir. El avión disminuía su velocidad y en ese momento vieron a un hombre vestido de

naranja haciendo señas para que el avión se dirigiera hacia él. Los pasajeros empezaron a disponerse a tomar sus equipajes de mano y esperar en el pasillo a que abrieran las puertas. Las niñas dormían plácidamente, estaban cansadas, el viaje había sido largo y agotador.

La noche anterior, en el aeropuerto de Moscú, en la escala para tomar el siguiente vuelo habían esperado diez horas y no habían podido dormir. No pudieron ir al hotel como los demás pasajeros, porque el precio de una habitación sobrepasaba los cien dólares.

—Aquí, descansaremos una media hora y luego iremos a reconocer el aeropuerto y buscar un lugar adecuado para dormir.

—Yo no tengo sueño, ni estoy cansada, puedo caminar —respondió Sumaq.

—Mami, yo quiero caminar —complementó la más pequeña.

—Bueno, si no están cansadas, vamos a ver qué de bueno hay aquí —respondió la madre al entender que las niñas estaban hechizadas y deseaban cuanto antes explorar ese lugar mágico.

Caminaron descubriendo los establecimientos comerciales que, a través de sus ventanas, ofrecían licores, joyas, perfumes, muñecas con distintos tipos de vestido y toda una gama de artículos que estaban bien ordenados, con arte y estética para llamar la atención del cliente. Pronto se dieron cuenta que habían llegado al punto de partida, dieron otra vuelta más para ver si encontraban un mejor lugar para descansar, no había otro lugar sino esos bancos incómodos, no les quedaba otro remedio que acomodarse en uno de ellos para tratar de dormir, lo que fue imposible, a cada momento aterrizaban los aviones y los pasajeros pasaban haciendo mucho ruido.

Sami tenía cuatro años, era la hija mayor de su hermano Crisólogo, que había sido asesinado una noche sangrienta durante una incursión que el grupo terrorista Sendero Luminoso había perpetrado en la localidad de Pampa Tigre, de la Selva Central. Desde entonces, había apoyado a la madre de su sobrina que no contaba con recursos económicos suficientes como para hacerse cargo de sus niños y cuando tomó la decisión de abandonar su país habló con ella para llevarse a la niña. Sami, era delgada y fina, tenía el ca-

bello azabachado y ojos dormilones como los de su padre; era lo que más apreciaba Graciela de ella, era habladora como su progenitor, a quien sus amigos lo llamaban «lengua de trapo» de cariño, porque siempre estaba hablando de política, haciendo comentarios de las últimas noticias, de los últimos acontecimientos políticos. Siempre estaba rodeado de chicas que le escuchaban ávidas, atentas y coquetas; él era bastante pedagógico cuando explicaba y le gustaba hacer bromas de las cosas que estaba diciendo, ayudaba a desarrollar las tareas a jóvenes que estudiaban las carreras de servicio social, sociología y pedagogía. Sami que se había quedado dormida por un instante despertó inquieta y se puso a llorar, tenía sed y estaba incómoda, para su buena suerte había comprado una gaseosa en Cuba, le dio de beber tomándola en sus brazos y acariciándola para que se quedara dormida nuevamente.

Sumaq tenía diez años, era una niña vieja, tenía la mentalidad de una adulta, los problemas políticos, sociales y familiares le habían marcado muy temprano. No dormía porque tenía que hacerle compañía a su madre. Ahora, estaba una vez más a su lado hablándole como una vieja amiga, haciendo planes para el futuro, era delgada, autosuficiente e inteligente, era la combinación perfecta de sus padres, había sacado los ojos achinados y la nariz andina de su padre, pero los labios, los pómulos, la hermosa cabellera gruesa, sedosa y tersa de su madre. Era voluntariosa y valiente como su madre y abuela materna que no les gustaba perder, colaboradora como su padre, ofrecía cosas sin medir las consecuencias. Una vez, se había ofrecido ser la madrina de su sección y llegó a casa diciendo, «papi y mami tenemos que comprar una pelota de vóley, flores, y ropa bonita porque soy la madrina de mi sección». Era una de las mejores alumnas de su clase, cuando no sacaba veinte en sus exámenes lloraba con amargura, ya que consideraba que 18 o 19 era mala nota; era muy amigüera, sincera y bondadosa, le encantaba bailar y era la «comandante» de su grupo, la que daba ideas y dirigía a sus amigas.

Al cabo de unas pocas horas se iban a enfrentar a un futuro incierto y desconocido, a una cultura distinta, iban a conocer a per-

sonas que nunca antes habían visto. Dentro de los planes de Sumaq estaba hacerle un peinado francés a Sami y comprarle una muñeca grande para que se sintiera bien, la noche era larga, parecía que el tiempo se había detenido sin querer dar paso al nuevo amanecer.

Graciela adoraba a su hija, desde el día que supo que estaba embarazada deseó fervientemente que fuera una niña, para que fuera su amiga, para que compartieran juntas los momentos más felices y tristes de su vida, se prometió darle mucho amor, cariño, y buena educación para que fuera una mujer emprendedora e independiente capaz de desafiar la dominación y los males que el hombre ha creado en este mundo. Sumaq fue la piedrita mágica que le trajo mucha suerte, la hizo más responsable, con deseos de ser más grande para darle lo mejor, ingresó a la universidad cuando tenía cuatro meses de embarazo. La niña nació un día domingo quince de noviembre, a las doce y treintaicinco del día, en luna llena, después de una noche y un día y medio de querer ver la luz, con mucho dolor. Cuando estuvo por terminar el primer semestre académico, días de intensas tareas y exámenes, los profesores muy comprensivos le dieron la oportunidad de dar los exámenes a destiempo. Recordó como si fuera ayer cuando sintió las primeras contracciones del parto, eran las tres de la madrugada, despertó a Hugo que dormía plácidamente a su lado:

—¡Despierta! Tengo dolores muy leves. ¿Será ya la hora del parto?

—¡Tranquila! Recuerda que ayer caminamos un montón, seguramente que eso te ha afectado —le respondió con la finalidad de tranquilizarla, abriendo sus brazos en los que ella se acurrucaba.

En aquel entonces ni ella ni él tenían experiencia de cómo serían los dolores de un parto, por lo que ella trató de conciliar el sueño nuevamente. Aquel dolorcito volvió a despertarla a las cinco de la mañana, se levantó para ir al baño, su madre, Mamá Manuela, que dormía en la habitación contigua, que siempre estaba pendiente de ella, le preguntó:

—¿Te sientes bien?



La autora narra la historia de una joven madre refugiada que se aleja de su país acompañada de su hija y su sobrina. De a poco va describiendo sus traumas, sus temores, sus alegrías, los encuentros y desencuentros, los choques culturales, los peligros que vivieron antes y después de llegar a Suecia; así como, su vida de asilada en el campamento de refugiados de Timrå, en el norte chico de este país.

Asimismo, en *Cabeza Negra* encontraremos algunos acontecimientos retrospectivos de la guerra sucia que bañó de sangre al Perú, de la toma de pueblos andinos de militares y terroristas que asesinaban por igual a los mansos ciudadanos, a los hombres y mujeres que no estaban de acuerdo con sus ideologías, y métodos de terror de ambos bandos. Luego los ataques xenófobos de ciudadanos suecos que vivían alrededor del campamento de refugiados.

ISBN-13: 978-84-9744-364-7



9 788497 443647